

Una Nueva voz en la Literatura Chilena

Con la publicación del libro de cuentos *Las malas juntas*,* del joven escritor José Leandro Urbina, la Asociación de Chilenos de Ottawa ha iniciado un proyecto editorial destinado a dar a conocer parte del trabajo creador de los chilenos exiliados, a través de las Ediciones Cordillera*.

Y el libro que inicia la serie es, desde todo punto de vista, una muestra valiosa de las nuevas opciones y exigencias creadoras que está enfrentando la literatura chilena reciente, y en especial la que se escribe después de 1973.

José Leandro Urbina (1949) se había dado a conocer en Chile con unos cuentos publicados en la revista *Ahora*, y posteriormente con el relato "Dos minutos para dormirse", publicado por *Casa de las Américas* (N. 93, 1975) texto que inaugura este primer libro.

La unidad temática de *Las malas juntas* es la experiencia de la vida chilena después del golpe militar. Y esa realidad, realidad de bruscas confrontaciones, ha ido mostrando, a veces en oposiciones demasiado tajantes, los distintos modos con que el hombre es capaz de responder a sus conflictos íntimos y sociales: la degradación y la dignidad, la capitulación y la lucha, el dolor y el humor, la crueldad y la ternura, el derrotismo y la esperanza.

Y estas son justamente algunas de las cuerdas que tensan los relatos de Leandro Urbina. No como abstracciones fáciles de una

realidad vista en blanco y negro, sino como recreación de situaciones muy concretas, únicas, cuya significación sin embargo trasciende siempre el hecho que describe, transformando el relato en una situación esencial, tipificando la variedad de la experiencia colectiva.

Algunos de los cuentos (por ejemplo "Jacques Prevert") eligen su asunto de ese amplio anecdotario de situaciones vividas a partir del golpe, y que se han ido difundiendo de boca en boca hasta transformarse, en algunos casos, en temas recurrentes de un género testimonial oral. Es asombroso ver cómo algunos de estos hechos, indudablemente reales, van siendo modificados en sus rasgos accesorios a medida que se transmiten, conservando el núcleo anecdótico básico y su verdad. Es decir, cómo la memoria colectiva rescata algunos hechos y les otorga un rango especial, por su significación. Lo que hace el autor, en este caso, es retener la historia y reelaborarla, buscando fijar en ese proceso —tarea del escritor— su dimensión literaria. Así, el suceso, que es primero un testimonio, se transforma en un hecho estético. No es ahora el momento de detenerse a analizar este modo de configuración de la producción literaria. Pero, a vía de ejemplo, detengámonos en el relato "Padre nuestro que estás en los cielos", texto que, reduciendo las referencias a lo imprescindible, le ofrece al lector a la vez una revelación y una interrogante:

"Mientras el sargento interrogaba a su madre y su hermana, el capitán se llevó al niño, de una mano, a la otra pieza...

"—¿Dónde está tu padre?— preguntó.

"—Está en el cielo— susurró

él.

"—¿Cómo?, ¿ha muerto?— preguntó asombrado el capitán.

"—No —dijo el niño.— Todas las noches baja del cielo a comer con nosotros.

"El capitán alzó la vista y descubrió una puertecilla que daba al entretecho" (p. 21).

En este breve relato hay una reducción de la historia a su núcleo esencial.

Pero lo que se ha dejado de lado, del referente anecdótico, contribuye a resaltar la significación de lo narrado: la historia es a la vez el suceso particular y la definición de una situación esencial. Constatación del hecho e interrogación de la realidad.

Hay otros relatos, los más extensos, que han exigido un despliegue mayor de imaginación y de talento narrativo para configurar su "verdad" literaria. Uno de los cuentos más logrados es el que da el título al libro "Las malas juntas". Es la historia de dos muchachos, compañeros de barrio y de ese grupo social aparentemente neutro, sui generis (en el sentido de que crea su propio género, incontaminado, de vida) que es la pandilla, y que terminan enfrentándose como enemigos en la guerra, sorprendentemente real, del Chile de Pinochet. A través de una fluida superposición temporal, el narrador va confrontando el mundo de los juegos y del aprendizaje de los personajes con la tensa situación del encuentro en la sala de tortura. Allí, los roles ingenuos se transforman en la representación real de una actitud y una personalidad modelada por una formación social e ideológica divergente: el Llanero Solitario, el enmascarado, se transforma en el torturador, y el indio pasivo y callado en un enemigo terco. El

* Urbina, José Leandro. *Las malas juntas*. Ottawa Eds. Cordillera. Asociación de Chilenos de Ottawa. 1978.

mundo feliz de unos juegos re-creados según los padrones ideológicos que vende el comic norteamericano se repite ritualmente en el enfrentamiento del militar y el estudiante prisionero, pero negando, en esta ejecutoria real de esa lectura del mundo aprendida en la historieta, sus inocentes fundamentos. Porque el Llanero Solitario ha resultado ser (previo adiestramiento en la base militar del Canal de Panamá), no el brazo de la justicia sino el de la represión, en tanto que el indio dócil y colaborador se ha convertido (previa toma de conciencia de su situación de clase y de su valor como persona), en protagonista de una historia distinta, sin guiones preestablecidos. Y al asumir cada cual su verdadero papel en la historia real, la inocente dualidad amo-servidor termina siendo —y ambos enfrentan esta situación desde sus irreconciliables destinos una “mala junta”.

El lenguaje que sostiene los relatos es a la vez natural, intenso y preciso, alejado de tentaciones retóricas y de preocupaciones por acrecentar la figura del narrador, buscando en cambio despejar el camino para dejar fluir con mayor nitidez la historia. Alguien dijo una vez, exagerando la nota, que había que desconfiar de los relatos sobrecargados de adjetivos, porque estos tenían poco que contar. Y en los cuentos de Leandro Urbina predomina claramente el discurrir de la acción por sobre la adjetivación. Lo que no significa que sean relatos que agotan su sentido simplemente en la anécdota, en el suceso narrado, sino que buscan en este acercamiento a la experiencia muy cercana de lo vivido, en este íntimo acto de rescatar el mundo inmediato a través de la memoria

(el epígrafe del libro, tomado de un poema de Huidobro, define con nitidez el temple de ánimo del narrador: “Y esta amargura que se alarga en mi memoria/ Y este entierro en mi memoria/ Este largo entierro que atraviesa todos los días de mi memoria”), la base necesaria para ir descubriendo la realidad. Contar cómo fueron las cosas es, nuevamente, un requisito para que esa lectura significativa del mundo que es la literatura tenga una base firme.

Y Leandro Urbina demuestra, en estos primeros cuentos, una cercanía, en términos de capacidad creadora y talento narrativo, a aquellos autores chilenos que ya han empezado a destacarse con palabras mayores: Poli Délano, Ariel Dorfman, Antonio Skármeta.

Juan Armando Epple

Los Niños nos Miran o las Parábolas Negras de Hugo Loyácono

¿Quedarán todavía lectores (1) para una literatura que *no sea* de evasión o de entretenimiento? Me refiero por supuesto a lectores en cantidad suficiente como para justificar económica o socialmente los riesgos de una edición de tipo industrial. Y me refiero a una literatura *distinta* de la que suele producir -y, a la vez, consumir en sus distintos niveles la archimentada “sociedad de consumo (o “sociedad burocrática de consumo autoritario”, como tan cabal y fielmente la definió un

1 Escribí esto en Buenos Aires, a comienzos de 1978.

sociólogo hace poco).

Claro que siempre, en cualquiera de las sociedades conocidas, hubo y habrá una literatura inquietante, capaz de arruinar las digestiones y las siestas de las gentes del poder. Pero quizá nunca como hasta hoy, la “otra” clase de literatura, muy presumiblemente destinada a no inquietar a nada ni a nadie, llegó a ser consumida con características tan deletéreamente masivas.

A veces, en esos malos momentos en que el pesimismo de uno pareciera triunfar, hasta podría llegar a creerse que, silenciosa y paulatinamente, sin que nos hayamos dado cuenta, muchas de las características de algunas de las peores profesías literarias de nuestro siglo (*Un nuevo mundo feliz*, 1984, *Fahrenheit 451*), ya se hubieran hecho realidad.

Son esos mismos malos momentos por parte del escritor en que se le hace carne la absoluta contemporaneidad y el sentido de un personaje tan genial como ese impagable artista del hambre que protagoniza el cuento homónimo del gran Kafka. ¿Qué auténtico artista no se ha identificado aunque sea por un momento con ese devoto especialista de una especialidad absurda que ha dedicado irrisoriamente toda su vida y hasta su muerte a una apasionante actividad... que a nadie le interesa? Después de todo, fue el mismísimo Ungaretti quien se quejaba lúcida y amargamente, hace ya decenas de años, afirmando que “El arte de hoy sangra de una herida que no es otra cosa que su injusta impotencia”.

De allí a considerar que, hoy, salvo en muy escasas excepciones, lo que se considera el “éxito” de un escritor bien puede ser justamente su fracaso más resonante.